

La tercera legislatura del quinto Congreso, que debió haber comenzado el 3 de diciembre, se retrasó hasta el 8 por la falta de asistencia de los miembros del Senado. En su discurso de apertura habló el Presidente en primer lugar de la epidemia que había infestado á Philadelphia y otros puntos; recomendó al Congreso la conveniencia de establecer un sistema de cuarentena, y elogió en fin el espíritu que había mostrado el pueblo para apoyar al Gobierno, exasperado por la intolerable insolencia de Francia.

La mayor parte del discurso se reducía á dar á conocer las relaciones entre los Estados-Unidos y aquella nación, en lo cual había seguido el Presidente el consejo de su Gabinete, excepto en un punto de que hablaremos aquí. Los miembros del Gabinete, y en su generalidad el partido federal, sostenían que despues de los groseros insultos de Francia, enviar á esta potencia otro ministro seria un acto humillante en que no debían incurrir los Estados-Unidos, y que se debía esperar á que aquella nación diera los primeros pasos para restablecer la buena paz y armonía. Mr. Adams, sin embargo, se opuso á usar un lenguaje tan enérgico, y lo modificó diciendo, *que sería conveniente asegurarse de que se recibiría á otro ministro*, con lo cual se proponía preparar el terreno á fin de enviar otro embajador á Francia cuando lo juzgase oportuno. Pronto veremos cuál fué la consecuencia de esta resolución del Presidente.

El estado de los negocios respecto á España é Inglaterra, la cuestion de límites y algunas mas, pendientes aun; fueron otros de los puntos de que habló el Presidente en su discurso; Adams dijo muy poco acerca de la lentitud con que se iba organizando el ejército; recomendó á la Cámara de Represen-

tantes que revisara el sistema de recaudación de contribuciones, y terminaba al fin su discurso con estas palabras: «Dictando siempre tan acertadas medidas, y permaneciendo unidos á fin de que nos sea dable defender mejor nuestros intereses, lo cual es de la mayor importancia, podremos conseguir que nuestro país se conserve á la altura que merece.»

Las contestaciones de la Cámara y del Senado estaban conformes en el espíritu con el discurso del Presidente y se aprobaron sin oposicion. El último, sin embargo, reprochaba severamente la conducta del Directorio, que había empleado individuos particulares sin carácter oficial ni autoridad alguna para entender en las negociaciones, en vez de valerse de los agentes constitucionales del Gobierno, (*) Mr. Adams replicó que al parecer *no había ocurrido ningun cambio en la política ó disposiciones de la república francesa respecto á los Estados-Unidos*. Esto sucedía el 12 de diciembre.

Washington, segun ya hemos dicho, aceptó, mas no sin vacilar mucho antes, el cargo de general en Jefe del ejército, mas luego le asaltaron numerosas dudas acerca de la conducta que debería observar en el nombramiento de los oficiales de graduacion superior. Algunos de los que sirvieran en la guerra revolucionaria, podían considerarse como principales candidatos para ocupar los primeros puestos en el ejército, pero faltaba

(*) Aquí se habló del Dr. Logan también, el cual, á lo que parece, había ido á Francia á desempeñar una misión por su propia cuenta despues de fracasar las negociaciones y de haber vuelto Mr. Gerry á los Estados-Unidos. Mr. Jefferson le dió un certificado de ciudadanía, y cuando estuvo en Paris, vió á Talleyrand y le ofreció sus servicios. Al volver Logan á los Estados-Unidos, fué á ver á Washington para decirle lo que había hecho, y despues se presentó en casa del Presidente, quien le recibió con mucha mas amabilidad que el primero. Este asunto hizo entonces mas ruido del que podía esperarse.

saber si debía tenerse en cuenta su primitivo grado. En el caso de resolverse así, esto privaría al ejército de los servicios de hombres cuyo talento, actividad é influencia eran muy importantes, porque aquellos no querían ser subordinados de nadie. Washington opinó que puesto hacia mucho tiempo se había disuelto el ejército y se iba á organizar uno nuevo bajo diferentes principios y distinto objeto, no debía tenerse en cuenta la graduacion anterior, sino elegir los hombres mas á propósito en beneficio de la nación.

Aprobóse el parecer de Washington, (*) y como éste había estipulado, «que no se nombraran sin su intervencion los oficiales generales y los del estado mayor del ejército, confió el cargo de inspector general á Mr. Alejandro Hamilton, designando á Carlos Cotesworth, Pinckney y Enrique Knox para mayores generales. Adams, que tenía cierta prevencion contra Hamilton y sospechaba de él, principalmente cuando se hallaba desempeñando un cargo de influencia, no miró con muy buenos ojos este arreglo, pero aunque involuntariamente, lo aprobó; el general Knox, poco satisfecho del grado que se le confería, lo rehusó, y el general Pinckney por el contrario no tuvo inconveniente en aceptarlo (**).

Durante los meses de noviembre y diciembre, permaneció Washington en Philadelphia, donde se ocupó activamente con Hamilton y Pinckney en organizar el ejército; desde esta época hasta el fin de su vida pue-

(*) *Vida de Washington*, por Sparks, pág. 485.

(**) Mr. Gibbs (vol. II, págs. 86-104) dá algunos detalles respecto al nombramiento de oficiales etc. Mr. C. D. Adams por otra parte (vol. I, págs. 520-34) se estiende al hablar de las opiniones y designios de Hamilton y los miembros del Gabinete. El lector podrá comparar los párrafos de Mr. Gibbs y Mr. Adams; por lo que háce á nosotros creemos que el último se muestra injusto con Hamilton:

de decirse que dedicaba la mayor parte de su tiempo á los asuntos militares. Su correspondencia con el Secretario de guerra, los principales jefes y otros oficiales, como dice Mr. Sparks, fué muy continuada y estensa, pues entraba en detalles y comunicaba instrucciones por las que se podía comprender su mucha esperiencia y gran conocimiento del asunto. Durante este periodo, todas sus cartas, aun cuando no sean las mas interesantes para muchos lectores, pueden considerarse como modelos en su género y revelan desde luego que la fertilidad de su imaginacion no se resentía por los años. Él no creyó nunca formalmente que los franceses llegaran al estremo de invadir los Estados-Unidos, pero siempre fué su máxima que el prepararse para la guerra era el mas seguro medio de conservar la paz, y en aquella ocasion obró con tanta prontitud y energía como si los invasores se hallaran ya en la costa. El tiempo probó que tenía razon, pues sus predicciones se realizaron. En cuanto al Gobierno francés, cuando comprendió que el pueblo apoyaría al poder ejecutivo para resistir la agresion, pareció desistir de sus ideas de guerra, toda vez que empeñar esta con los Estados-Unidos era la última cosa que se deseaba.

Durante aquella legislatura se aprobaron varias leyes para la mejor organizacion de las tropas de los Estados-Unidos, autorizándose también el establecimiento de los *docks* y la compra de maderas para construccion de buques. Asimismo se trató de espulsar á Matías Lyon, una vez terminado el plazo de su condena, pero no se obtuvo el resultado apetecido. Aunque los representantes de Virginia y Kentucky desistieron de presentar los acuerdos sobre anulacion, de sus respectivas legislaturas, se trató de conseguir que se derogasen la ley de extranjeros y la de

sediciones, dando un ataque imprevisto, pero segun dice. Mr. Jefferson, fracasó el plan porque los federalistas tuvieron buen cuidado de no resucitar la cuestion ni provocar debate alguno con Nicolás, Gallatin ó Livingston. A lo que dijo el Presidente, la fuerza comparativa de los partidos en la Cámara era entonces de cincuenta y seis diputados por parte de los federalistas y cincuenta por la oposicion, pero dos de los últimos no asistieron á la Cámara. El inútil esfuerzo que se hizo para conseguir la derogacion de las citadas leyes fué secundado por las peticiones del público, y dió lugar á que en Philadelphia ocurrieran varios motines y se turbara la paz.

A fines de enero de 1799, el Presidente trasladó al Congreso un luminoso informe del Secretario de Estado sobre la correspondencia y despachos referentes á la mision francesa, informe que juzgaba severamente la política observada por Mr. Gerry, dando á conocer claramente la doblez y agresiones de Francia. En dicho escrito hay un párrafo digno de copiarse y que dice así: « Todos estos detalles causan desde luego el mayor asombro, sobre todo al pensar en el descaro de Mr. de Talleyrand, cuando preguntó á Mr. Gerry cuál era el verdadero nombre de los agentes X. Y. Z. Cuando Y., acompañó al enviado americano á ver al ministro conversó con él largamente acerca de los despachos recibidos, y aquel aseguró á Mr. Gerry que los informes de Y. eran exactos. Antes de esto Z., introdujo á Mr. Gerry á presencia del ministro, sirviéndole de intérprete, y despues X. Y. y Z. habian comido juntos con Mr. Gerry á la mesa de M. de Talleyrand y terminado el banquete, X. é Y. renovaron sus proposiciones acerca del DINERO. La circunstancia misma de haber continuado M. de Talleyrand en el cargo que desempe-

ñaba despues de haberse dado á conocer al mundo todas aquellas intrigas, es una prueba evidente de que se habian comenzado y seguido por las secretas órdenes del Directorio. A fin de alcanzar el objeto propuesto, se dejaron pasar seis meses sin recibir á los enviados americanos, despues de presentadas sus credenciales al Directorio, y solo cuando se vió que aquellos se hacian superiores á las intrigas y que no quedaban esperanzas de atemorizarles ni conseguir nada de ellos, se dió orden á dos para que salieran de Paris en términos insultantes y despreciativos (*). »

Aunque no se habia declarado formalmente la guerra contra Francia, espidióse una orden autorizando á los buques mercantes para que resistieran el ataque de los buques franceses y se pusiera en vigor la ley de represalias. Tambien se destacaron contra los buques franceses varios cruceros entre los que se contaban cuatro de veinticuatro cañones, tres de veinte, cuatro de diez y ocho y uno de catorce, sin contar tres fragatas que eran, los *Estados-Unidos*, capitán Barry, la *Constitucion*, capitán Nicholson, y la *Constelacion*, capitán Truxtun.

La mayor parte de estos buques se emplearon en las aguas de la India Occidental, ó en dar convoy á los mercantes que cruzaban entre las islas y los Estados-Unidos. La repentina aparicion de tantos cruceros en la India Occidental, debió sin duda sorprender á los ingleses así como tambien al enemigo comun, y si bien los buques de guerra de la Gran Bretaña trataban por lo general cordialmente á sus nuevos aliados, no faltaron casos en que se obró de una manera muy distinta, observándose una conducta algo sospechosa. El caso mas notable ocurrió en el otoño de

(*) En el *Resumen de los Debates del Congreso*, por Benton, hay una nota que contiene detallados extractos sobre este asunto, vol. II, págs. 389-98.

1798 fuera del puerto de la Habana, donde el *Carnatick*, buque inglés de setenta y cuatro cañones, infirió un ultraje al *Baltimore*, goleta de guerra de veinte. Mr. Cooper hace una relacion detallada de este hecho, manifestando su sentimiento de que, despues de lo ocurrido en la revolucion, se hubiera humillado el orgullo americano hasta el punto de que un oficial de una nacion cualquiera, se atreviese á cometer un ultraje como el inferido por el comandante del *Carnatick* (*). Durante el año 1799 estuvieron activamente ocupados en el mar veintiocho buques de guerra de todas clases, es decir, desde la fragata de cuarenta y cuatro cañones hasta la corbeta de doce, y solo en las aguas de la India Occidental se contaban cuatro diferentes escuadrillas.

El espacio de nuestra historia no nos permite estendernos en muchos detalles; solo podemos citar algunos ejemplos para que se comprenda la destreza y valor de los oficiales y marineros de la armada de aquella época, para lo cual nos referiremos á la notable obra de Mr. Cooper. A principios de junio de 1798 la goleta francesa *Le Croyable*, fué capturada por el *Delaware*, siendo este el primer buque apresado por los americanos desde la organizacion de la armada. Se le puso por nombre *Represalia*, y se confió su mando al teniente Bainbridge, pero á fines del mismo año, fué capturado de nuevo por una fragata francesa. Merced á una falsa noticia acerca de la fuerza y tripulacion de la *Motuzuma* y del *Norfolk* con los cuales iba de crucero por las aguas de Guadalupe, Bainbridge libró á estos dos buques de la persecucion del enemigo, pero se le condujo á dicha isla, donde el gobernador, despues de tratar inútilmente de inducirle á que decla-

(*) *Historia naval*, por Cooper, vol. I, págs. 457-63.

rarse en nombre de los Estados-Unidos que Guadalupe debia considerarse como *neutral* durante el actual estado de cosas, le envió en su propia corbeta á América. El Gobierno recompensó la conducta de este oficial nombrándole comandante, y le confió el mando del *Norfolk*, uno de los buques que habia librado de la peligrosa persecucion de las fragatas francesas.

A fin de obligar á Bainbridge á que indujera á su país á proclamar la neutralidad de Guadalupe, el gobernador cometió actos de crueldad con los prisioneros americanos, mas habiéndose tenido conocimiento de este hecho, espidióse una orden para que se ejerciesen represalias con los prisioneros franceses, orden que dió lugar á serias polémicas entre los partidos, y á no pocas recriminaciones.

En el año siguiente, el día 9 de febrero, la *Constelacion*, comodoro Truxtun, que se hallaba cruzando por sus aguas, avistó un gran buque por la parte del sur, y siéndole el viento favorable, dirigióse hacia él, reconociendo desde luego que seria un enemigo, pues habiendo izado primeramente el pabellon con estrellas, lo retiró luego, hizo ondear el tricolor y disparó acto continuo un cañonazo en señal de desafio. « Cuan- 1799. do la *Constelacion*, dice Mr. Cooper, se hubo aproximado al buque francés y se hallaba ya tan cerca que se podia hablar con la bocina, rompió el fuego, al que contestó el enemigo inmediatamente. La *Constelacion* que iba avanzando lentamente, sufrió de su enemigo un nutrido fuego que causó grandes averías en el velámen y mástil de mesana, y al observar esto, Mr. David Porter, jóven oficial de grandes esperanzas, viendo que entre el estruendo de los disparos y el calor del combate no se oian sus órdenes, tomó á su cargo la responsabilidad é inmediatamente cortó las bozas, recogió las vergas y pudo

evitar de este modo que por la presión del velamen sobre la berlinga cayese el mastelero. Entre tanto, el fuego de la *Constelacion* llegó á dominar al de su enemigo, y á pesar de sus averías pudo aun descargar dos ó tres andanadas que decidieron el éxito del combate, declarándose la victoria en favor del buque americano.»

El buque francés, según se vió luego, era la fragata *La Insurgente*, capitán Barreault, el mismo que había apresado la *Represalia*. Este buque, uno de los más veleros del mundo, sufrió también grandes averías en el combate, habiendo perdido veintinueve hombres, sin contar cuarenta y un heridos de más ó menos gravedad; la *Constelacion*, aunque bastante averiada igualmente, solo perdió tres hombres.

Nuestro historiador naval tiene la delicadeza de no hacer grandes elogios por esta victoria, considerando que los cañones de la *Constelacion* eran de mucho más calibre que los de su enemigo, pero debemos tener presente que por parte de los franceses estaba el prestigio de los triunfos navales, pues excepto las victorias alcanzadas por Pablo Jones y otros contra los ingleses en la primera guerra, América no podía enorgullecerse de nada en punto á marina, ni aun siquiera de poseer una flota.

Aun cuando era muy probable que Francia desistiera de la lucha en el mar, el Congreso no descuidó por eso durante aquel año la organización de la armada, é introdujo todas las mejoras que se creyeron convenientes, aumentándose también el número de buques.

A últimos de febrero el Comité encargado de recibir las solicitudes para derogar la ley de extranjeros y la de sediciones, presentó un informe en el que opinaba que no se debía acceder á la derogación. Mr. Benton hace

un extracto de los debates sobre aquel asunto que no dejará de ser interesante para el aficionado á la historia; nosotros solo diremos que los acuerdos del Comité fueron aprobados por cincuenta y dos votos contra cuarenta y ocho (*). Además de la cantidad destinada para el pago del interés de la deuda pública, y sin contar dos millones de duros que se necesitaban para cubrir el aumento de gastos en el ejército, designáronse otros nueve millones para el servicio del año, á fin de reunir esta cantidad, además de los medios ya conocidos, contábase con el producto de la contribución directa y cinco millones de duros. En aquel año se incurrió en un nuevo gasto ocasionado por el aumento de sueldo á los funcionarios públicos del Gobierno federal, desde el Secretario de Estado abajo, aun cuando la oposición combatió con el mayor empeño esta medida. Debemos observar sin embargo, que cuando los republicanos subieron al poder, no creyeron conveniente hacer rebaja alguna en los sueldos.

Al hacer el exámen de la política del Presidente y de la influencia que tuvo en la suerte del partido federal, entonces en el poder, deben tenerse en cuenta varios puntos. Francia, en guerra con la Gran Bretaña y careciendo de fondos, no se mostraba dispuesta á empeñar la guerra con los Estados-Unidos, y esperaba obtener cuanto le hacia falta sin separarse de la línea de conducta que se había trazado, es decir, destacando contra el comercio de América una horda de piratas, y utilizando los servicios de las facciones que en los Estados-Unidos trabajaban en su favor. A Francia no le importaba que se censurase la inmoralidad de su política, y sus ministros seguían con su máxima de

(*) *Resumen de los Debates del Congreso*, vol. II, páginas 373-35.

que el lenguaje conviene para ocultar y no para revelar nuestros pensamientos. En esto consistía la diplomacia francesa.

Debe tenerse también en cuenta que nuestro país, y sus gobernantes, no se hallaban dispuestos á dejarse avasallar por su primera aliada, ni mucho menos á tolerar sus ultrajes é insultos. Los preparativos de guerra hechos por recomendación de Adams, la negativa de nuestro Gobierno al solicitar el Directorio un empréstito, la suspensión de las relaciones diplomáticas con Francia y la publicación de los despachos de los enviados, dieron al traste con los planes de Talleyrand, y seguramente que si se hubiera seguido la política recomendada por Hamilton y otros amigos suyos respecto á Francia, el Directorio habría obrado de una manera muy distinta de la que obró con Adams.

Ya recordará el lector que en junio de 1798 había dicho el Presidente: «No enviaré otro ministro á Francia sin estar seguro de que se le recibirá y respetará como representante de una nación libre, poderosa é independiente;» y no debemos olvidar que aun cuando Adams no quería adoptar el lenguaje que le aconsejaba su Gabinete para las futuras negociaciones, declaró en 12 de diciembre, «que no había observado cambio alguno en el sistema ó disposiciones de la república francesa respecto á los Estados-Unidos.» Teniendo en cuenta el estado en que se hallaban entonces los ánimos por los repetidos y groseros insultos inferidos por el disoluto Gobierno de Francia á nuestro país, y al ver que todos estaban dispuestos á la resistencia, los federalistas resolvieron mantenerse en una actitud digna, insistiendo en aguardar á que Francia diese los primeros pasos para llevar á cabo un arreglo amistoso entre las dos naciones. Los federalistas creyeron que tenían derecho á exigir que el Presidente se

atuviera á esta política nacional y no la cambiara por otra que podría ocasionar graves conflictos al Gobierno.

Mr. Adams, quien al parecer no estaba por las restricciones en la política de partido, y que conservaba siempre cierta prevención contra Hamilton, se había trazado ya su línea de conducta, y bajo la influencia de Gerry, en gran parte, y acaso también con el deseo de reconciliar á los republicanos en la segunda elección de la Presidencia, adoptó repentinamente una medida que introdujo la mayor consternación en las filas de los federalistas, presagiando claramente la caída de este partido y la subida al poder de los republicanos. No discutiremos aquí sobre la rectitud de sus intenciones, ni 1799. es nuestro ánimo poner en duda que deseara sinceramente favorecer los intereses de su país, pero se puede convenir en que obró con poco acierto ó demasiada precipitación en aquel crítico período.

El nieto de Mr. Adams, al hablar sobre la época en que fué Presidente su abuelo, justifica las razones que tuvo éste para adoptar su plan de conducta, pero Mr. Gibbs, por otra parte, censura severamente la vacilante política de Mr. Adams, y nosotros, sin entrar en discusión alguna, solo diremos que el Presidente no debía por entonces tener seguridad alguna de que un segundo ministro sería mejor recibido que el primero. Ya hemos hablado de la misión especial que se propuso Logan; Joel Barlow escribió también una larga carta á Washington, que envió al Presidente, dándole ciertas noticias para demostrar que Francia deseaba la paz, y Mr. Vans Murray, ministro americano en el Haya, recibió en octubre de 1794, por conducto de M. Pichon, embajador francés, un mensaje formal de Talleyrand con una carta del mismo en la que le decía: «Teniais